

nenarlo y la obligaba á probar todos los manjares que se les servían; precaución cuya inutilidad le mostró la misma reina de una manera terrible.

En efecto, una vez que Cleopatra se había presentado en el festín con una guirnalda de flores en la cabeza, hubo de instar á su amante á echar una de aquellas flores en la copa en que bebía. Cuando Antonio la llevaba ya á sus labios, detúvole ella el brazo de repente, tomó la copa y se la ofreció á un esclavo, que la vació y cayó muerto como herido de un rayo. Desde entonces Antonio se abandonó lleno de amor y de espanto á la extraña mujer que reunía en sí todas las fascinaciones fatales.

Muchos combates parciales precedieron á la acción decisiva: el rey de Mauritania, Bogud, pereció en el Pelopo-



Cleopatra (1)

neso; Nasidio fué batido por Agripa, que en otro encuentro por mar mató al ciliciano Tarcondimotos, y Ticio y Estatilio Tauro hicieron, al mismo tiempo, sufrir un gran revés á la caballería antoniana.

Entre tanto y poco á poco se concentraron los dos ejércitos: el de Antonio en Accio, en la costa de Acarnania, á la entrada del golfo de Ambracia; el de Octavio enfrente, en la costa del Epiro (2).

(1) Estatua del Museo de San Marcos en Venecia (Clarac, *Musée de sculpt.* p. 912, n.º 2322).

(2) Plut. *Anton.* 19; Dion, L, 13; Plinio, *Hist. nat.* XXI, 9. El golfo de Ambracia, hoy golfo de Arta, se comunica con el mar Jonio por un canal, cuya menor anchura tiene 500 metros, pero cuya profundidad no pasa de 4, ofreciendo el peligro de muchos bancos de arena y arrecifes. El interior de la bahía ofrece al contrario excelentes fondeaderos. Barcos de mucho calado podrían muy bien atracar al muelle bajo los mismos muros de Prevesa. Con algunos trabajos este pequeño mar interior vendría á ser una magnífica rada cerrada, donde podrían fondear hasta los acorazados. Detrás de esta ciudad, en el istmo que

Antonio había propuesto á su rival terminar su querrela con un combate singular, ó bien trasladarse á Farsalia con todas sus fuerzas y decidir allí á cuál de los dos pasaría la herencia de César. Todos sus generales, sobre todo, Canidio, fueron de este último parecer.

Pero Cleopatra quería que se combatiera por mar para que los navíos egipcios tuvieran parte en el honor de la victoria, y en caso de derrota aseguraran su retirada. Por tierra hubiera sido menester abandonar á Antonio ó arrostrar peligros superiores á sus fuerzas. Sin duda le había representado que los reveses parciales que había sufrido, las defecciones que veía multiplicarse, las dificultades cada día mayores de mantener en Grecia un ejército numeroso, debían decidirlo á buscar otro campo de batalla; que aquel de los adversarios que se hiciera dueño de la mar, podría rendir por hambre al otro; que el número y la fuerza de sus navíos le permitían desde luego contar con la victoria; que en fin, para abrirse el camino de Italia ó cerrar á sus enemigos el de Oriente, sobre todo, el de Egipto, que en manos del victorioso sería una fortaleza inexpugnable, desde donde se dominaría sin dificultad el Africa y el Asia, era necesaria una victoria naval.

Todas estas consideraciones debieron tenerse en cuenta, pues sin ellas no podría comprenderse la conducta de un hombre á quien todos sus vicios no podían haber quitado de un golpe toda su pericia militar.

Antonio cedió y distribuyó veinte mil legionarios y dos mil arqueros en sus galeras, en las cuales por las deserciones y las enfermedades del invierno faltaban los hombres. Pero los legionarios hacían mal de su grado el servicio de á bordo. Un jefe de cohorte, cuyo cuerpo estaba acribillado de heridas, viendo pasar á Antonio, le dijo con voz afligida:

«General, ¿por qué desconfías de estas heridas y de esta espada y pones tu esperanza en un leño podrido? Deja á los hombres de Egipto y de Fenicia que se batan por mar y danos á nosotros tierra firme, donde sabemos vencer ó morir.»

Antonio guardó silencio, limitándose á hacerle una seña con la cabeza y con la mano, como para animarlo y darle una esperanza que no tenía él, porque habiendo querido sus pilotos dejar las velas en tierra, según la costumbre, hubo de obligarlos á llevarlas.

A fin de reforzar la chusma de sus demás galeras, hizo quemar ciento cuarenta barcos: los marineros, sin embargo, se encontraron aún en escaso número para poder maniobrar fácilmente y mover aquellas pesadas máquinas.

Durante cuatro días la agitación de la mar no permitió á las flotas abordarse; hasta que el 2 de setiembre del 31 amainó el viento. Los barcos de Antonio permanecieron hasta el mediodía inmóviles á la entrada del estrecho, y habiéndose levantado á esta hora un ligero viento, avanzaron al encuentro de los contrarios, que rehuyeron algún tiempo el ala derecha para atraerlos mar adentro. Octavio había tomado puesto en este lado, y cuando vió á los antonianos bastante lejos de la costa, cesó de rehuir y acometió con rápidos barcos aquellas pesadas ciudadelas, á cuyo alrededor giraban tres ó cuatro de sus galeras. Al mismo tiempo maniobraba Agripa con la intención de envolver el ala derecha del enemigo, y Publicola que la mandaba procuró detenerlo extendiendo su línea de batalla; pero este movimiento lo separó del centro, amenazado ya por los octavianos.

Una punta de Prevesa con el continente epirota, fué edificada Nicópolis. Siendo allí rara el agua potable, hizo construir Octavio un acueducto, cuyas ruinas se ven aún.

Sin embargo, no estaba aún perdida la jornada; pero Cleopatra que tendrá el valor muy femineo para hacer lentamente los suntuosos aprestos del sacrificio supremo, para estar bella aun después de muerta, no tenía el viril valor del soldado que arrostra en la pelea los ultrajes y las heridas. Y dió la orden á los sesenta navíos egipcios de levantar los mástiles y singlar con rumbo al Peloponeso.

Viendo Antonio retirarse la escuadra real escoltando el navío de purpúreas velas en que iba Cleopatra olvidó á los que en aquel momento daban por él la vida, y tomando un barco rápido se fué detrás de la fatal princesa. Y subió á su galera, y sin hablar con la reina, sin verla siquiera, se sentó á la proa con la cabeza entre las manos.

Por espacio de tres días permaneció en la misma postura y en el mismo silencio hasta el cabo de Tenaro, donde las esclavas de Cleopatra les procuraron una entrevista. Desde allí hicieron rumbo al Africa.

Su armada se defendió largo tiempo; pero hacia la hora décima corrió la voz á bordo de que Antonio había huido. Aun no había perdido á esta hora más que cinco mil hombres; pero su línea estaba rota; rotos también los remos de muchos barcos, y la agitación de la mar, que los batía en proa, no les permitía gobernar. Con esto se rindieron trescientos.

Pero el ejército de tierra estaba intacto, y no pudiendo crear la flaqueza y cobardía de Antonio, se resistió por espacio de siete días á las solicitudes de los enviados de Octavio. Habiéndolo también abandonado Canidio, que lo mandaba, se sometió por fin al vencedor.

En la costa, enfrente del sitio de la batalla, había un modesto templo de Apolo: Octavio le consagró ocho navíos y la imagen de bronce de un campesino y de su asno que antes de la acción había encontrado Octavio en el camino. El campesino se llamaba *Eutyches*, el *Dichoso*, y su asno *Nicon*, el *Victorioso*. En este encuentro había visto el joven César un fausto presagio, y el más escéptico de los romanos hubiera creído lo mismo que él.

Octavio instituyó los juegos accios que debían celebrarse cada cinco años, concursos de música y poesía, simulacros navales, carreras de caballos y luchas de atletas. La Grecia aceptó todo esto, y los juegos accios (*actia*) vinieron á ser una de sus grandes fiestas nacionales, la quinta (1).

Al otro lado del estrecho, en el lugar en que había acampado, echó los cimientos de Nicópolis, la ciudad de la victoria, en un istmo que bañan las aguas del golfo de Ambracia y las del mar Jonio. Un doble recuerdo de clemencia y de triunfo se adhería al origen de la nueva ciudad: el vencedor de Filipos tuvo que ser implacable; pero ahora que la guerra había diezmado la generación que viera y amara la república de Cicerón, el vencedor de Accio creyó que podía ser indulgente (2). Entre los prisioneros de cuenta ninguno de los que pidieron gracia dejaron de obtenerla: el jefe de partido se vengó en otro tiempo; ahora el vencedor perdonaba. Sin embargo un hijo de Curión fué sacrificado, sin que le valiera con el heredero de César el recuerdo de su padre, de aquel bravo y hábil tribuno que había prestado tan buenos servicios al dictador.

Entre los que se obstinan en desconocer que la oligarquía romana, engalanada con el bello nombre de república, no era digna de conservar el poder, Bruto y Catón encuentran

(1) Las otras cuatro eran por su orden los juegos olímpicos, los píticos, los ístmicos y los Nemeos.

(2) *Victoria fuit clementissima* (Velejo Patérculo, II, 86). Sin embargo, obligó á echar suertes á un hijo y un padre para dar muerte á uno de los dos (Dion, LI, 2). Este hecho permite suponer otros; pero no hubo los degüellos que se veían en tales casos.

aún partidarios; Antonio no los tiene. Y es que no encarnaba ninguna idea, no representaba principio ninguno, no significaba nada; y por consiguiente nada hubiera concluido ni iniciado su victoria.

Si el caudillo fugitivo no era ya de temer, los soldados todos, así los del vencido como los del vencedor, lo eran positivamente, y Octavio se dió buena prisa en repartir licencias entre los veteranos para que se dispersaran por Italia y las provincias de que habían salido. Había dejado á Mecenas en Roma y envió allá también á Agripa, á fin de que estos dos hombres superiores que se completaban uno á otro, como la prudencia con el valor y la habilidad con la fuerza, ahogaran en su origen todo movimiento tumultuario.

Por lo demás, él mismo se encargó de perseguir á su rival. Al atravesar la Grecia pudo ver por sus ojos el triste estado de esta provincia arruinada por Antonio. «Of decir á mi bisabuelo, dice Plutarco, que los habitantes de Queronea fueron obligados á llevar trigo á cuevas hasta el mar de Anticira, excitándolos á andar á latigazos los soldados de Antonio. Habían hecho ya el primer viaje y se disponían á hacer el segundo bajo la misma excitación del látigo, cuando se supo la derrota del triunviro.»

Esta noticia salvó á la ciudad. Octavio se compadeció de las miserias de la Grecia, y de su orden se distribuyó lo que quedaba de las provisiones acumuladas para la guerra entre los habitantes de aquellas ciudades, que no tenían ya víveres, ni dinero, ni esclavos, ni bestias de carga.

Desde allí se hizo á la vela para el Asia, recibiendo á composición á los príncipes y pueblos aliados de su adversario, que salieron bien librados, unos con la pérdida de sus privilegios, otros con una contribución de guerra ó la entrega de lo que destinaban á Antonio. Como ignoraba el lugar á que éste se había retirado, se detuvo en Samos hasta que pasara el invierno.

La noticia de las turbulencias que había previsto y acababan de estallar entre los legionarios licenciados, lo llamó á Italia con urgencia, y á principios del año 30 desembarcó en Brindis, donde senadores, caballeros, magistrados y buena parte del pueblo se precipitaron á recibirlo; y arrastrados por el entusiasmo general, aumentaron el cortejo los mismos veteranos. Octavio debió quedar satisfecho de este ensayo de su poder, de esta prueba de la adulación y servilismo de los romanos. Careciendo de fondos para cumplir los compromisos contraídos con los soldados, puso en venta sus bienes y los de sus amigos. Cierto que nadie se atrevió á adjudicárselos; pero el resultado apetecido se logró con esto: los veteranos se contentaron con algún dinero, mientras venían los tesoros de Egipto.

Hay que añadir que los que contaban más años de servicio fueron establecidos en ciertas ciudades que habían mostrado disposiciones favorables á Antonio, y arrancados de sus hogares y trasportados sus habitantes á Dirraquio, á Filipos y otras ciudades de provincias. La disposición fué cruel para los italianos; pero el imperio ganaba en ello: algunas ciudades desiertas se poblaron de nuevo, y así avanzaba la mezcla de las razas.

Sea como quiera, estas medidas calmaron súbitamente la agitación pública, y Octavio ni aun tuvo necesidad de pasar á Roma, acostumbrada ya á que todo se hiciera en ausencia de él: veintisiete días después de su arribo á Brindis, pudo volver á partir. Pero no atreviéndose, por causa del invierno, á hacer rumbo directo hasta Egipto, hizo pasar sus barcos por encima del istmo de Corinto y con la celeridad de César desembarcó en Asia, recibiendo Antonio la noticia de su llegada al mismo tiempo que la de su partida de Italia.

En Paretonio, en la costa de África, Antonio y Cleopatra se habían separado. Para prevenir un levantamiento, la reina se presentó en Alejandría con sus navíos coronados de laurel, como si volviera de un triunfo; pero así que entró en palacio ordenó la muerte de todos los que le eran sospechosos, relleno sus tesoros con los bienes de sus víctimas, se incautó de las riquezas de los templos, y con la mira de obtener alguna asistencia de los medos, les envió la cabeza del rey de Armenia, que tenía cautivo desde la traición de Antonio.

En cuanto á éste, al principio había andado errante como un insensato por las soledades inmediatas á Paretonio, y á la noticia de la defección de Pinario Escarpo, que mandaba por él un ejército en aquellas regiones, estuvo para suicidarse. Sus amigos lo llevaron á Alejandría, adonde luego fué Canidio á darle cuenta de la suerte de sus legiones en el promontorio accio. Todos los príncipes de Asia fueron abandonándolo, y á las mismas puertas de Egipto, Herodes, rey de los judíos, hizo traición á su causa. Sólo algunos gladiadores que mantenía en Cícico le permanecieron fieles: éstos atravesaron toda el Asia, y no se rindieron sino á consecuencia del falso rumor que cundió sobre la muerte de su amo.

Faltándole todo, comenzó Cleopatra á enviar por el istmo de Suez sus barcos y tesoros para refugiarse en un país lejano; pero habiendo apresado los árabes los primeros barcos, hubo de renunciar la reina á sus designios. Pensaron entonces de consuno los amantes en trasladarse á España, esperando que con sus tesoros sería obra fácil sublevar aquella provincia; pero al fin hubieron de abandonar también este insensato proyecto.

Fatigado de formar irrealizables designios, no quiso Antonio ya ver á nadie y se encerró en una torre que se hizo construir al extremo de un muelle. «Quiero, dijo, quiero vivir ahora como Timón.» Era ya muy tarde para filosofar. Ni pudo tampoco sostener mucho este papel; y para acabar como había vivido, en las orgías, volvió al lado de Cleopatra, fundando con ella otra nueva sociedad, la de los *inseparables en la muerte*. Los que la formaban debían pasar los días en fiestas y festines y liviandades y morir juntos.

Cleopatra se dió entonces al estudio de la toxicología: recogía todos los venenos conocidos y observaba sus efectos en personas vivas; después hubo de observar los animales venenosos, y se fijó en el áspid, que, según ella misma había visto, daba una muerte dulce y no descomponía ni afeaba el semblante.

Sin embargo, así la una como el otro, conservaban aún vagas esperanzas, y solicitaron del vencedor, Antonio autorización para retirarse á Atenas, donde viviría como simple particular, y Cleopatra la sucesión de sus hijos á la corona de Egipto. Los mismos diputados llevaron ambos mensajes; pero en secreto, la reina hizo ofrecer á Octavio un cetro, una corona y un trono real.

El joven César contestó con dos cartas á este pensamiento de traición: la una pública en que le ordenaba entregar las armas y el poder; la otra secreta, en que le garantizaba el perdón y la corona, si expulsaba á Antonio ó le enviaba su cabeza. Al mismo tiempo le enviaba un liberto, el cual según las secretas instrucciones que llevaba, debía mantener las esperanzas de la reina con falsas promesas, conservando así para el triunfo del vencedor de Accio su principal ornamento.

Cleopatra recordó con cierta vanidad que, muy joven aún, había vencido á César, y más tarde á Antonio, y se dió á pensar que Octavio más joven que el uno y el otro, podría muy bien ser menos prudente. Tenía, sin embargo, enton-

ces la reina treinta y nueve años; pero su belleza, con ser positiva, había sido siempre menos temible que su genio y su gracia. El héroe había tenido debilidades, el soldado vicios, y los dos sucumbieron. ¿Había de permanecer frío é insensible el político?

Antonio pasó por la vergüenza de pedir dos veces la vida, y para ablandar á Octavio le envió á su hijo Antilo (1) y le entregó la persona del senador Turulio, uno de los asesinos de César. Octavio no contestaba y seguía avanzando; y muy luego se halló á las puertas de Pelusio, que Cleopatra le abrió.

A este ruido de armas que se acercaba, se despertó Antonio al parecer; hizo preparativos de defensa, corrió á Libia con la idea de seducir á los soldados que Octavio había enviado allí, y volvió á Alejandría, amenazada ya por su rival. En un combate de caballería en que mostró otra vez su antigua bravura, puso en fuga á su enemigo.

Pero Cleopatra le hacía ya traición: encerrada con todas sus riquezas en una alta torre, que había hecho construir para que le sirviera de sepulcro, esperaba el éxito de la contienda. Sus ministros, sus tropas, parecían cooperar á la defensa de la plaza; pero en realidad, no podía contar Antonio más que con el escaso número de legionarios que había reunido. En su despecho retó á Octavio á un combate singular: Octavio se sonrió y se limitó á contestar que Antonio tenía más de un camino para ir á la muerte.

Con todo eso, alentado por el éxito de su carga de caballería, se decidió á dar Antonio un doble combate por tierra y por mar. Pero en cuanto las galeras egipcias estuvieron cerca de las de Octavio, las saludaron con sus remos y se pasaron á ellas: en tierra lo abandonó igualmente la caballería, y con esto fué batida su infantería sin grande esfuerzo. Entonces volvió á la ciudad exclamando con desesperación que lo había traicionado Cleopatra.

Refugiada la reina en su torre mandó cerrar los rastrillos y asegurar la puerta con palancas y barrotes, mientras hacía llevar á Antonio la falsa noticia de su muerte. Habíanse prometido los amantes no sobrevivir el uno al otro y Antonio mandó á su esclavo Ero darle el golpe mortal. El esclavo, sin decir palabra, saca su espada, se hiere á sí mismo y cae muerto á los pies de su patrono. «¡Bravo Ero! exclama entonces Antonio; tú me enseñas lo que debo hacer.» Y despojándose de su coraza, se dió muerte á su vez.

En cuanto Cleopatra lo supo, quiso tener su cadáver para entregárselo ella misma al vencedor como rescate suyo, y Antonio ensangrentado y todo fué conducido al pie de la torre. La reina no abrió la puerta, pero desde una ventana echó cuerdas abajo y con ayuda de dos mujeres que la acompañaban en su encierro, lo subieron no sin dificultad. Apenas lo tendieron en un lecho, le pidió Antonio vino y expiró. ¡Digno fin de aquel hombre, que no tuvo más que el alma de un soldado!

Entretanto había entrado Octavio en Alejandría, y muy luego encargó á Proculeyo, uno de sus oficiales, de ir á sorprender á la reina para evitar que se diera muerte y prendiera fuego á sus riquezas, como era de temer, si se forzaba su retiro. Proculeyo cumplió á pedir de boca su misión: mientras Cleopatra parlamentaba con Galo á través de la bien cerrada puerta, ingenióse el otro para pasar sutilmente por la ventana que diera entrada á Antonio, y bajando atentadamente la cogió de sorpresa y le arrancó el puñal con que hizo amago de herirse.

Al principio quiso dejarse morir de hambre; pero Octavio

(1) Este Antilo, hijo de Antonio y Cleopatra, fué degollado después de la muerte de su padre.

la obligó á desistir de este designio haciéndole temer por sus hijos: después la tranquilizó, y para darle apego á la vida, le prometió una suerte brillante todavía.

Con esto se dejó llevar á su palacio, volvió á usar las insignias reales y recibió todos los honores y miramientos debidos á su excelsa jerarquía; pero sujeta, eso sí, á estrecha vigilancia. El mismo Octavio pasó á visitarla un día, y este día, sólo se rodeó Cleopatra de recuerdos de César, como para refugiarse en el amor que el héroe le había tenido, contra el odio ó prevención de su hijo adoptivo. La real cámara estaba exornada de bustos y estatuas del dictador; las cartas que le había escrito estaban allí extendidas á su alrededor y se las mostraba á Octavio con orgullo y complacencia. Mucho tiempo estuvo hablando de la gloria de su padre, del poder que él mismo había ganado, del que ella había perdido, y con lágrimas en los ojos exclamaba: «¡Y ahora, oh César! ¿de qué me sirven tus cartas ni tus gloriosos recuerdos? Pero revives en tu hijo ¿no es verdad?»

Cada palabra, cada actitud, cada gesto estaban calculados para excitar la piedad ó acaso un sentimiento más dulce en el ánimo de Octavio. ¡Y había en su voz y en sus palabras tal seducción, y bajo su luctuoso traje tal y tanta gracia en toda su persona!...

Octavio la escuchaba en silencio y con la vista baja, sin duda para defenderse contra ella. Luego se levantó. «Ten buen ánimo, oh reina,» le dijo. Pidióle después un estado de sus tesoros y partió.

Cleopatra se quedó aterrada bajo la impresión de tan fría respuesta: la mujer, como la reina, estaba vencida. Muy luego supo de boca de un joven noble que había ganado (Cornelio Dolabela) que dentro de tres días partiría para Roma. Esta mala noticia la decidió. «No, no, repetía sordamente, no arrastraré á Cleopatra detrás de su carro triunfal. *Non triumphabor!*» El día siguiente se la encontró muerta en un lecho de oro, vestida con su traje é insignias reales y sus dos esclavas, muertas igualmente á sus pies (1) (15 agosto 30).

Se ignoró cómo se había dado muerte; pero llevando Oc-

tavio en su triunfo la estatua de Cleopatra con una serpiente al brazo, hubo de confirmar el rumor de haberse hecho picar por un áspid, que un campesino le había llevado oculto entre flores ó frutas. El Egipto fué reducido á provincia romana.

Hacía ya veinte años que había perecido la república, y el imperio no había nacido aún. Los tiempos en que las bases que sostenían la antigua sociedad se han derrumbado y que los fundamentos del orden nuevo no salen aún del suelo, agitado por las revoluciones, son las épocas más dolorosas que la humanidad atraviesa. La muerte de Antonio daba fin á aquella era de transformación y libraba á las almas del peso inmenso de la incertidumbre. Prolongadas y sinceras aclamaciones saludaron la victoria de Octavio, y Virgilio y Horacio, con sus versos inmortales se hicieron eco de la esperanza universal. Tenían mucha razón. Era que la paz llegaba, en fin, é iba á sembrar alrededor de sí la riqueza para los más, el bienestar para muchos; era que iban á escribirse las leyes más sabias, y á difundirse creencias más puras; era, en fin, que el mundo iba á transformarse (2).

Pero estas creencias y estas leyes, ¿traerán las viriles costumbres de los antiguos tiempos?

En lugar de los ciudadanos, á quienes se despoja y que han merecido su suerte, ¿se formarán hombres capaces de recobrar por medio del trabajo, la disciplina voluntaria y la inteligencia política, todos los derechos que han perdido?

O bien, si la libertad no ha de volver, esas multitudes que no tendrán ya más que una voluntad, la voluntad del príncipe, ¿podrán organizarse, á lo menos, en un cuerpo vigoroso, capaz de una larga existencia?

Y puesto que vamos á tener un imperio, en lugar de una ciudad, ¿veremos que una gran nación venga á reemplazar los dos funestos elementos que hicieron perecer á la república; la oligarquía que acaba de caer herida de muerte, y el populacho que considera como cosa suya la victoria de César y de Octavio?

La historia de Augusto y de sus sucesores nos lo dirá muy en breve.

CAPÍTULO LXII

LAS PROVINCIAS ROMANAS HACIA LOS TIEMPOS DE LA FUNDACION DEL IMPERIO

I. — LO QUE DEBIA SER LA OBRA DEL IMPERIO.

En la naturaleza nada se pierde, nada se crea, y todo cambia según leyes inmutables. En el mundo de la historia, que es el de la vida y la libertad, todo se transforma lentamente, cuando la sabiduría conduce á los pueblos; con violencia, cuando la pasión los arrastra. Pero jamás las transformaciones duraderas son producto del capricho; su sucesión es siempre una relación de causa y efecto. El encanto y la utilidad de la historia son en este estudio causas que modifican sin cesar la vida de las naciones.

(1) Plut. *Anton.* 84, 95, Dion, LI, 10-14; Tito Livio, fr. CXXXIII. Octavio hizo dar muerte á Cesarión, que tenía á la sazón diez y ocho años y le fué entregado por su preceptor, á quien Cleopatra había dado, con grandes tesoros, la comisión de conducirlo á Etiopía ó á la India. En 1830 se encontraron en los cimientos de una vieja torre búdica, á la orilla izquierda del Indo, monedas de Marco Antonio y de Kanichka, rey de Bactriana y de parte de la India, que Virgilio da por aliado del

Hemos visto, en el curso de nuestra narración, obrar las fuerzas de destrucción por espacio de un siglo; ahora que Roma republicana acaba en una pavorosa tormenta, vamos á ver obrar las fuerzas de renovación. Hasta ahora habíamos quedado en medio de los vencedores en Roma y en los campamentos de las legiones; es preciso ir ahora á los vencidos. El imperio está hecho: visitemos el dominio legado por la república al emperador.

Con excelentes miras sobre el gobierno de las provincias el senado se había mostrado incapaz de garantizar lo que los soberanos deben á sus súbditos: la seguridad. Este cuidado

triumviro... *et ultima secum Bactra vehit*. Antonio tenía relaciones con este poderoso rey, que era enemigo natural de los partos en Oriente, como los romanos lo eran en el Occidente. Allí, sin duda, enviaba Cleopatra á su hijo (Reinaud, *Relations de l'empire romain avec l'Asie orientale*).

(2) *Magnus ab integro saeculorum nascitur ordo.*
(Virg. *Bucol.* IV, 5.)